

# JOSÉ RAMÍREZ OLIVA

*N*ació en Nochistlán, Zacatecas, el 10 de marzo de 1959. Como cuentista es autor de tres libros: *Cuentos relatos y relajos del sur de Zacatecas*, *Estampitas nochistlenses... y más* y *Cuentos mortecinos*; también tiene un libro de anécdotas: *Recuerdos lejanos cercanos*, así como otros textos y ensayos publicados en diversos medios. Su obra recupera con sentido de humor y, en algunos casos autobiográficos, rasgos extraordinarios de la cultura popular. Es cofundador de La Cofradía Nochistlán.

## La cobija de Eliseo

El recuerdo inicia en 1965, apenas tenía seis años y vivíamos en un mundo de penumbras debido a la carencia de energía eléctrica. Por las noches nos iluminábamos con un aparato de petróleo, de esos que tienen un depósito redondo o cilíndrico de vidrio como base, un mechero que emerge desde el fondo del líquido y se va estirando conforme el usuario lo necesita mediante una manivela pequeña que, al darle vueltas, con un mecanismo sencillo lo retrae o lo impulsa a la parte alta, donde la llama consume el combustible y la mecha de hilaza, que hay que reemplazar conforme se acaba o deja de ser útil. En la parte de arriba hay una bombilla delgada de vidrio que a diario hay que limpiar introduciendo papel periódico o un trapo para quitarle el humo adherido. A veces había que hacerlo dos o más veces en el transcurso de una noche, dependiendo del tiempo de uso. Era muy común que, al limpiarla, ésta se quebrara provocando enojos del proveedor de recursos en el hogar.

Y qué decir de la estufa, era también de petróleo con dos parrillas y un depósito de una capacidad como de dos litros de ese combustible. Las ollas de barro siempre estaban llenas de hollín maloliente, contaminando, en algunas ocasiones, la comida. Nada de agua potable, ésta era del pozo, que se consumía sin hervir. En fin, eso fue hace 55 años.

Mi papá, herrero nacido en Moyahua, estaba considerado como un personaje osado y valiente, capaz de enfrentarse a los mayores peligros. Una mañana fue visitado por unas personas un rato antes del mediodía y así como estaba se fue con ellos. Regresó hasta el día siguiente más o menos a la misma hora que se fue, es decir, 24 horas después, traía en sus manos una cobija de lana, de esas que hacían los artesanos de la calle Mejía en una máquina de hilar tosca de madera. Una cobija gruesa, común y rasposa, muy rasposa que mortificaba en demasía al que le tocaba usarla.

Era “la cobija de Eliseo”, aquélla que nos atormentó y nos quitaba el sueño.

Al dar las explicaciones a mi madre –nosotros no nos atrevíamos a preguntar, mi padre tenía un carácter tan fuerte que nos infundía respeto y miedo, sólo escuchábamos sin tener voz ni voto–, explicó que se fue a La Presa de Dios a buscar el cuerpo de un ahogado. Tuvo que sumergirse varias veces para localizarlo hasta que se hizo de noche, pues había llegado al atardecer. Al no lograr encontrarlo, durmieron en ese lugar para continuar al día siguiente, que fue cuando, por fin, lo encontró. Trajeron el cadáver a la comandancia de policía para hacer las casi nulas averiguaciones. En aquel tiempo se podía morir a gusto de cualquier forma, sin grandes molestias para el cuerpo finado. Todavía no se inventaban los forenses y si los había, estaban en otros lugares, aquí no llegaban; es más, ni en la actualidad, cuando la autoridad obliga, hay que llevarlos a la capital del estado sólo para que escriban en un papel que murieron de la forma que ya todos saben.

Se trajo la cobija que le sirvió de apoyo para capotear el frío y dormir lo que pudiera en el lugar donde improvisaron el campamento.

Nos quedamos con la idea de que dicho trapo perteneció al ahogado, por lo tanto, era la cobija de Eliseo, aquélla que se convirtió en el martirio del último que se acostaba y se cubría con ella. Los que tenían o teníamos la suerte de cobijarnos con otra de las muy escasas y deshilachadas prendas antifrío, nos burlábamos del desdichado que tenía la necesidad de usarla. Cuando parecía que estaba logrando conciliar el sueño, emitíamos sonidos ridículos que sonaban espectrales en la oscuridad o se complementaba el ambiente tétrico con las sombras de las pavesas ondulantes del aparato, cuando aún no lo apagaban. Los rasguños de ese trapo los sentíamos como intensos araños del muerto. En las paredes de adobe, gruesas como una muralla, aparte de imágenes grotescas y tétricas, circulaban en

fila infinidad de chinches que querían sangre. Más de alguno llegó o llegamos a llorar de terror porque se tenía que usar esa cobija, que no perteneció al muerto, sino a un caritativo vecino de aquellos remotos lugares que se la prestó a mi padre y, en un acto de agradecimiento, finalmente se la regaló como un homenaje a su acción heroica.

La cobija nos atormentó durante muchos años, pero rectifico: la cobija no nos provocó dicho pánico, sino la jugarreta de mi padre al asustarnos de esa manera y a la imaginación de nosotros, que crecimos escuchando historias de terror, brujerías, aparecidos, del diablo y muchas otras supercherías. De nada valieron las palabras de nuestra dulce y amorosa madre que continuamente desmentía la situación; pesaban más los prejuicios.

Tratábamos de imaginarnos el aspecto del ahogado, cuyo nombre era muy singular para nosotros, y cuando menos lo pensábamos, nos hacíamos preguntas acerca de La Presa de Dios, un lugar mítico para nuestra imaginación. ¿Cómo era posible que Dios tuviera una presa? ¿Sería bonita? ¿La utilizaría para bañarse? Quizás para pescar y pasear en lancha o caminar sobre sus aguas sin sumergirse. Seguramente sí, algún lugar maravilloso, el mismísimo paraíso. No comprendíamos el origen y la razón de ese lugar, pero algún día tendríamos que conocerlo. Hasta la fecha no he tenido esa dicha, sólo he escuchado historias sueltas, algunas disparatadas y sin sentido. Al final les contaré las últimas noticias.

Brinco al año 2003. Fui a visitar a mi padre en compañía de mi esposa y mientras estábamos en la casa haciendo alguna tarea para su bienestar, él se fue a sentar a un banquetito de ladrillo y cemento; había dos, uno en cada esquina opuesta. Escogió donde se calentaría con el sol de la mañana, en contra esquina del bar El Gato Negro. Traía puestas las ropas de lujo de limosnero, o sea, las peores, un pantalón roto que tenía más hoyos que años, y eso que eran bastantes; una camisa que, si conoció buenos momentos, ya se habían olvidado; unos zapatos viejos,

aunque sin agujeros, sin calcetines, últimamente no usaba; un suéter que alguna vez fue café y que ahora tenía un color indefinido, tejido por las manos de mi madre, quizás por eso se lo ponía. Ella se había adelantado tres años en el viaje sin retorno. En fin, el tipo apuesto, impactante, bien vestido y carismático, devino en un anciano que, aunque no se veía cansado, sí distaba mucho del señor que durante muchos años fue la admiración de la familia y hasta envidia de alguno que otro fulano.

Y no es que la vida lo hubiera arrojado a esa situación, en realidad tenía recursos económicos suficientes para vestirse, comer y hasta pasear por donde él quisiera. Con una pensión modesta de bracero, y la mitad del dinero de su casa vendida y que prestaba generándole intereses, más la ayuda de nosotros, sus hijos, con quienes nunca quiso irse a vivir, en realidad era un hombre rico, si es que cabe la expresión.

Ese día lo vi llegar a la casa con una gran bolsa llena de frutas, a risa y risa por dos hechos. ¿Qué crees que pasó? Sin esperar mi obvia pregunta continuó diciéndome, llegó Abundio, el hijo mayor de don Abundio, y se sentó a mi lado, platicamos de muchas cosas y en un momento, mirando a mis pies, me dijo que me habían salido buenos mis calcetines y que suponía que los tenía desde recién nacido, que estaban bien hechos. Yo le contesté que ni tan buenos, que tenía unos calzoncillos del mismo material y que ya estaban agujerados. Riendo él solo de su ingenio me arrancó carcajadas al imaginarme el hecho completo.

Le pregunté que si había ido a la frutería y me dijo que no, que un rato antes pasó un señor confundiéndolo con un limosnero e intentó darle unas monedas, él le dijo que no era lo que imaginaba, que él tenía sus razones para vestir así, en fin, en la plática salió a relucir su nombre, a lo que el señor lo miraba con sorpresa y admiración diciéndole que lo esperara, se fue al centro del poblado, sólo dos cuadras al jardín, cuatro al mercado, regresó con la bolsa de frutas y le dijo que le rogaba aceptara

ese obsequio, además de 100 dólares. Mi papá lo escuchó en silencio mientras le explicaba entre lágrimas que él era uno de los hijos de Eliseo, aquél que nadie se atrevió a sacar ahogado de la legendaria presa y que le estaba muy agradecido. Mi papá, ante ese hecho, le aceptó el tributo, diciéndole que si todos hicieran lo mismo, tal vez se haría rico, fueron tantos ahogados que sacó de presas, bordos y estanques que ya había perdido la cuenta.

Jamás me dijo cómo fue que se ahogó Eliseo, si en realidad se ahogó...

En ese momento recordé cuando, unos 22 años antes, sucedió un hecho que formaba la tercera pieza del rompecabezas. Me encontraba en un bar o cantina, como se les llamaba antes, después de llegar del trabajo como profesor en mi primer destino, disfrutaba de un brandy Don Pedro, uno de los mejores vinos de esos tiempos, con Seven, cuando surgió un problema con un sujeto que se encontraba a mi lado en la barra, discutimos bastante rato y por momentos parecía que llegaríamos a los golpes, siendo contenidos por los demás bebedores y el cantinero, hoy le dicen barman. Quizás no llegamos a ese hecho porque en el fondo o de manera manifiesta ninguno de los dos queríamos pleito, ¡el miedo no anda en burro! En uno de los alegatos salieron a relucir nuestros respectivos apellidos y el parentesco con mi padre, nada más y nada menos que su hijo. Por encanto terminó el enojo de mi contrincante, resultó ser uno de los hijos de Eliseo.

Entre brindis me contó parte de la historia de su padre. No la recuerdo con exactitud, el poco alcohol consumido me abotagó los sentidos, sólo me quedó grabado que a su papá no lo querían en aquellos rumbos: El Capulín, Vallecitos, Cerro Grande, Piedras Coloradas, El Llano de la Lumbre, La Huerta y demás pequeñas rancherías. Cuando supieron los familiares que en la presa se encontraba el cadáver de su padre, nadie quiso ir a sacarlo, él y sus hermanos estaban chicos y no com-

prendían nada de lo que sucedía, sólo me dijo que alguien mencionó el nombre de mi padre y vinieron al pueblo en su busca y que no los decepcionó, desde entonces, escuchando a sus mayores, veneraban, si es que cabe esta palabra, a mi padre.

Me ofreció dinero, me ofendí y lo rechacé con firmeza, sin embargo, le acepté los tragos, la botana y unos tacos que encargó. Todo esto no disipó mis dudas, dos misterios: la cobija de Eliseo y La Presa de Dios. Mi padre no me dio más detalles.

Recuerdo que desde pequeño mis padres y la gente nos contaban con admiración el hecho de haberse formado una presa sin la intervención del hombre, decían que una tarde lluviosa, en los límites de Nochistlán con Jalpa, cayó una gran centella, desgajando un cerro y sepultando a un arriero con todo y un burro, que luego con el temporal se formó un gran vaso de agua. Una gran presa hecha por Dios, como si todo lo demás que existe haya sido formado por un ente distinto.

El hecho lo contaban con tanta emoción, como una bendición, una prueba irrefutable de la santa presencia del Creador, lo que nos infundía la certeza de que estábamos en la dirección correcta por la presencia divina; sin embargo, todos los mayores contaban el hecho, pero nadie iba. Era un camino largo y tortuoso, ya fuera a pie o a lomo de caballo, burro o mula. Muchas horas de camino. Nos conformábamos con imaginar el hecho y el lugar.

El origen de la presa es entendido en diversas versiones, ocurrió alrededor de 1933, dicen que hubo un terremoto que movió una ladera hacia el arroyo o barranco, dando paso a la formación de dicho fenómeno. La otra versión es la de la centella, también probable porque hace unos 45 años “desformó” una presa hecha por el hombre en las cercanías del pueblo, así que la naturaleza, como crea, destruye, lo más probable es que haya tenido un origen humano y nada divino; en la zona donde ocurrió había una serie de túneles, es decir, minas, dicen que de oro. El trabajo no estaba bien apuntalado y,

estando en un terreno falso, de repente ocurrió un derrumbe, desencadenando otros más hasta provocar un terremoto sólo en esa zona, ya que no hay registros oficiales de algún sismo de gran magnitud en otros lugares. Cuentan que dos personas con sus burros se encontraban en la zona. La tierra se “tragó” al hijo del otro acompañante que inexplicablemente no quiso ir a rescatarlo; fue encontrado días después parcialmente devorado por animales de rapiña.

La presa se ensolvó y lo que quedó de ella, las corrientes de agua se encargaron de hacer el trabajo final de desaparecerla. Hoy sólo queda una roca gigantesca e impresionante en medio del arroyo, pasando el agua altiva, desdeñosa, buscando mejores destinos. Lo hace por ambos lados de ella sin quedarse en el lugar.

Quizás Dios la destruyó.

2017, llegó el padre de mi esposa de visita. Él nació y vivió en El Capulín de Abajo muchos años. A él le gusta platicar de las personas que vivían y aún viven en toda esa región. Conoce los nombres, apellidos, descendencia y características de mucha gente, por no decir que de toda.

Eliseo, me contó, era un personaje siniestro que visitaba las rancherías casa por casa comprando gallinas, huevos, marranos y lo que pudiera cargar en su caballo o en las mulas que traía, luego iba a otras casas a vender sus productos. Cuando no había personas a la vista por estar ausentes o no querer salir, tomaba lo que podía sin pagar. Hubo ocasiones que dejaba a las gentes en ruinas debido a que lo hurtado era casi la única posesión del hogar. Cuando podía, abusaba de las mujeres, las violaba, sin ser denunciado para evitar el escándalo y el repudio del marido. En fin, con el tiempo se fueron conociendo sus fechorías hasta lograr el odio unánime de comunidades completas, cuando era bastante la gente que vivía en ella; hoy hay muchas casas y ranchos completos abandonados, casas vacías, destruidas, desaparecidas.

El final de Eliseo es previsible en este escrito, un marido ofendido lo cazó, lo mató, le amarró una piedra al cuello y se deshizo del cadáver en La Presa de Dios, tal vez enfrentando su juicio ante el Creador en sus terrenos o aguas. Del vengador no se supo nada, bien pudo haber sido cualquiera, qué más da. Si alguien lo supo, nadie “cantó”.

La cobija de Eliseo duró una eternidad, con el tiempo ya no nos atormentaba de manera siniestra, sólo nos raspaba mortificando la piel, hasta que mi buena madre juntó el suficiente dinero para renovar todas las camas, luego esta garra anduvo deambulando por los rincones de la casa tapando bultos de ropas o cachivaches.

